

ANTONIO GARGALLO GIL

# El Psicólogo de Pietrelcina



# PRÓLOGO

## ADVERTENCIA

**La lectura de esta novela puede tener efectos reales en su matrimonio.**

Estimado lector:

Se encuentra usted ante la tercera —y tan esperada— novela del escritor Antonio Gargallo Gil, que forma parte de la tetralogía “El psicólogo de Nazaret”. Los ricos matices que la Divina Providencia sembró en el corazón de su autor, han sido dispuestos para mostrar los colores de la vida, en el amplio lienzo de esta serie de novelas.

“El psicólogo de Nazaret” cuenta ya con un nombre propio; se ha traducido a los idiomas inglés, francés, portugués, italiano, alemán y catalán. Ha sido la puerta de entrada con la que el autor se nos dio a conocer, que sigue aportando valor a personas de todo el mundo, y por la que les recomiendo acceder para una lectura ordenada de esta serie. Una vez dentro, “La psicóloga de Medjugorje” es la reina de la casa: interesante, tierna, delicada... emotiva y sorprendente. Ahora, “El psicólogo de Pietrelcina” irrumpe de lleno en nuestro hogar y nos habla del núcleo por excelencia de las relaciones humanas.

El matrimonio — tema central de esta novela — es un sacramento, un tesoro desconocido muchas veces para los mismos cónyuges que lo contraen pensando que el asunto es cosa de dos cuando, en verdad, es materia de tres. Antonio Gargallo es capaz de redescubrir al lector algo tan antiguo y presentarlo de nuevo, con notas frescas y estimulantes, tejiendo lo humano y lo sobrenatural como quien pasea alegre por un campo conocido, bien seguro de hacia dónde va.

Como lector, uno puede pensar que casi lo ha visto y leído todo sobre historias de amor, incluso sobre el matrimonio, y que sobre estos temas nada le va a sorprender. En este caso, pensar así sería conocer bien poco a su autor Antonio Gargallo Gil. En su narrativa, vuelve a estar presente aquello que lo caracteriza y que hace disfrutar y sentir al lector: sus giros inteligentes, el humor sutil e intempestivo, las enseñanzas de la Palabra de Dios que el autor nos regala haciéndolas vida en sus personajes, su sencillez descriptiva, así como su intensidad, que nos transmite su pasión por la vida.

Si algo nos traslada el autor en esta novela — como en las anteriores — es algo propio de su psicología: su motivación intrínseca para no rendirse y seguir creciendo. Este motor subyace en el hilo conductor de los encuentros y desencuentros humanos desde donde nos lanza una invitación constante a replantear lo establecido y reflexionar. Antonio Gargallo abre siempre una puerta a la esperanza, sea cual fuere la situación difícil de partida, y es una bocanada grande de oxígeno que siempre está presente. Desde el problema más conflictivo o irresoluble, allí es-

pera al lector de sus novelas para entregarle una tarjetita cuadrada, verde pistacho, con el nombre de un psicólogo.

El lector entra a formar parte de la trama de la novela: ¿esto es para mí? ¿Cómo?, porque en cualquiera de sus páginas es posible encontrar una cita, una reflexión, una idea... una luz que hacer propia.

Antonio Gargallo Gil disfruta con su trabajo y da ejemplo, como en la parábola de los talentos del Evangelio, cuando los pone al servicio, igual que nos invita a que hagamos los demás. Después, sonrío esperando con ilusión nuestros testimonios tras la lectura, se los podemos enviar a: [agargallogil@gmail.com](mailto:agargallogil@gmail.com)

A mí esta novela me ha servido para unirme más al gran Padre Pío, el único sacerdote que vivió cincuenta años con los estigmas de Nuestro Señor. Con ella he disfrutado, en un capítulo me emocioné y, al mismo tiempo, me ha hecho mirar hacia dentro. He vuelto a pensar en la indescriptible belleza del amor humano, cuando sí es amor. En el hecho de que la palabra matrimonio aleje a tantas personas por temor o desengaño. Tantas rupturas y sufrimientos, armonías de egoísmos, cárceles habitadas en desamor. Incluso en muchos ámbitos ha dejado de ser una palabra atractiva. Y, sin embargo, el amor está ahí... eterno e indisoluble, fuente de dicha y fecundo. ¿Qué es lo que falla?

Cada uno de nosotros nos podríamos preguntar: ¿Quién te ama? ¿A quién amas?

Pocas preguntas son tan decisivas.

Si hay una victoria importante en esta vida, es la de aprender a amar, y esto implica purificar el corazón. No

todos lo consiguen, pero no hay mucho tiempo que perder.

Merece la pena encontrar el Amor. Solo hay que comenzar a leer... Feliz y bendecida lectura”.

*Cynthia García Egea*

Directora del programa “Amaos” en Radio María, España.  
Colaboradora de la Revista “Amaos”.

### **ORACIÓN AL PADRE PÍO**

Padre Pío, gran sacerdote y siervo de Cristo, presenta a Dios nuestras plegarias, en especial nuestros deseos más profundos. Pídele que tenga misericordia de nosotros y que, si son acordes con su Providencia, nos los conceda. Y si no, que nos dé luz y fortaleza para aceptar el plan de Dios y actuar en todo según su santa Voluntad. Amén.

*Autor: Antonio Gargallo*

# 1

La brisa marina masajeaba con fuerza el rostro de Cristina, dejando que sus cabellos rubios bailasen alegremente al son de las olas, mientras sus oídos se deleitaban con la dulce melodía que emitían las rocas al ser besadas con ímpetu por el mar. Una sinfonía que iba acompañada de la belleza de color que el astro rey libera cuando se despierta caprichoso por mostrar su magnificencia, tan elocuente para muchos, pero desapercibida por quienes caen en las redes de la apatía, del desánimo. Afortunadamente, aquellos tiempos en que la desesperación y el desencanto fueron la tónica general de su vida, quedaron muy atrás; no obstante, para el día de su cumpleaños, como si se tratase de la fiesta de Pascua, le gustaba recordar aquel despertar, aquel paso a la vida gracias al psicólogo de Nazaret, por eso se dirigía hasta el lugar donde un día se reclinó para luego despertar como una mujer diferente. Desde entonces fue capaz de ver los colores de la vida y, ahora, con cuarenta y tres primaveras se sentía más viva que nunca.

— Jesús, contigo y como Tú — susurró al Todopoderoso, dejando que su mirada se perdiese tras el horizonte—. Gracias porque cada día soy más feliz, cada nuevo amanecer te siento con más fuerza y sé que siempre estás a mi lado. Quiero ser un instrumento de tu amor, por eso te pido que me enseñes a anteponer las necesidades de los demás a las mías, solo así seré capaz de cumplir tu voluntad.

Tras aquella sincera oración, Cristina cerró los ojos para tomar una larga y profunda respiración que la llenó de paz y serenidad, una tranquilidad que se vio de súbito interrumpida por una voz lejana, aunque conocida.

— ¡No lo puedo creer!

Cristina abrió los ojos y volteó la cabeza para descubrir de quién provenía aquella voz.

— ¡Madre mía! ¡Ni se imagina las veces que he pensado en usted! — prosiguió aquella voz varonil que se acercaba con lentitud.

Cristina se quedó contemplando la figura de un joven de mediana altura, que llevaba un traje ibicenco, y que apareció por sorpresa como cuando una estrella fugaz surca el firmamento. Iba descalzo y con los zapatos en la mano, dejando una estela de huellas sobre la arena, aunque ni siquiera en la cercanía lograba reconocer quién era.

— ¿Cómo se encuentra, doña Cristina? — preguntó el muchacho con voz entusiasta, sin la confianza para darle dos besos, pero sí para estrecharle la mano.

Solo los internos de la prisión la llamaban con el calificativo de doña Cristina, así que no cabía duda de que se trataba de uno de sus exalumnos.

—No me reconoce, ¿verdad? —cuestionó el joven al darse cuenta de que la maestra se había quedado paralizada—. Soy Francisco —añadió.

—¿Francisco? —repitió Cristina, todavía sin identificar al joven.

—Usted me cambió la vida —dijo lanzándole una mirada de admiración y respeto—. Me dio la tarjeta para visitar a la psicóloga de Medjugorje e incluso tuvo el detalle de pagarme el viaje.

Los ojos de Cristina se abrieron con la misma dulzura que lo hacen las alas de una mariposa.

—¡Francisco! —exclamó entusiasmada—. Pero... ¡estás irreconocible!

Cristina recordaba la imagen cadavérica y moribunda de Francisco, tan endeble que a veces tuvo la impresión de que aquel cuerpo podría apagarse en cualquier momento. Recordaba su mirada triste, abatida, que conducía a las tinieblas, allá donde su espíritu moraba en la época en que lo conoció. Sin embargo, ahora, su mirada era transparente, limpia, fuerte, cargada de positividad; aunque lo que más le sorprendió fue la transformación que había sufrido su cuerpo: había ganado mucha musculatura y su piel bronceada le daba un atractivo peculiar. Ya no era el tipo pálido que conoció, sino un hombre nuevo.

—¡Estoy tan emocionado! —exclamó Francisco con sinceridad.

El sonido del celular interrumpió aquel encuentro tan inesperado como el arcoíris en un día sin lluvia.

— Disculpa — musitó Cristina antes de agarrar el teléfono.

Era su amiga Marta, quien, como de costumbre, la llamaba para felicitarla el día de su cumpleaños.

— ¡Buenos días!... Gracias... Ya ves, a este ritmo en nada me pongo en los cincuenta... ¿Ahora? — Cristina miró el reloj—. Bueno, pero solo dispongo de una hora porque le he prometido a Naim y a mi querido esposo que iríamos al circo... Después nos iremos a comer a Ares del Maestrazgo... Claro que sí... Estupendo, pues en quince minutos nos vemos.

— ¡Felicidades! — dijo Francisco en cuanto Cristina apagó el teléfono.

— Muchas gracias — repuso —, ya un añito más vieja.

— Pero los años no pasan para usted, está igual de guapa que siempre.

Cristina sonrió.

— Acabo de quedar con una amiga para tomar un café. ¿Te gustaría venir con nosotras y nos ponemos al día? Me tienes que explicar cómo has conseguido ese cambio — dijo Cristina señalándolo con las manos abiertas—. ¡Me muero de ganas por escuchar tu historia!

— Claro, además se va a sorprender.

De camino al establecimiento, Francisco le contó la odisea que vivió tras su encarcelamiento y cómo fue su encuentro con la psicóloga de Medjugorje. Cristina escuchaba entusiasmada cada una de las palabras de un hombre que había sido capaz de resurgir de sus cenizas y volver a tomar las riendas de su vida.

— ...Y así fue como entré en la Comunidad Cenáculo.

— ¡Increíble! — exclamó Cristina, embelesada por el testimonio de vida que le estaba compartiendo su ex alumno—. ¿Y qué pasó con la chica? — indagó con ganas de saber más de una historia que se le antojaba de novela.

El sonido de la bocina de un Peugeot de color rojo interrumpió la apasionante conversación que estaban manteniendo frente a la entrada de la cafetería.

Marta bajó la ventanilla de la puerta del conductor para hacer saber a Cristina que ya había llegado.

— Mira, ahí tienes un sitio para estacionar — le indicó Cristina señalando un hueco apenas a diez metros de la fachada.

— Pero ese sitio ya tiene dueño — repuso Marta sin demorarse en realizar la maniobra.

Salió del coche con una bolsa de regalo, que entregó a Cristina con su correspondiente felicitación.

— No tenías que molestarte, mujer — intervino la cumpleañera.

— Bueno, no es más que un pequeño detalle — repuso Marta con una sonrisa, un tanto extrañada de ver junto a Cristina a un apuesto joven, que al permanecer allí, supuso que sería un café para tres, aunque ella hubiese preferido estar a solas con su amiga y mostrar el pesar que le estaba carcomiendo el alma desde hacía tiempo. Era una carga demasiado pesada para seguir llevándola desde la soledad, necesitaba compartirlo con su mejor amiga, la única con la que tenía la confianza suficiente para abrir su corazón.

Cristina hizo las correspondientes presentaciones, asumiendo que Marta se sentiría cómoda con el inesperado invitado.

Tomaron asiento junto al escaparate, la zona más tranquila.

—¿Les gustaría chocolate con churros? —preguntó Cristina—. Hoy invita la abuela —añadió con una mueca irónica, mostrando que no le importaba cumplir años y que no se entristecía por envejecer, dado que muchos habrían deseado alcanzar al menos su edad antes de partir hacia el Padre Celestial.

Al instante tuvieron sobre la mesa un plato de churros y las tres tazas de chocolate, cuya combinación de aromas despertaba a las papilas gustativas, prestas a disfrutar de la mezcla de aquellos dos sabores.

—Francisco tiene una apasionante historia que contarnos —intervino de nuevo Cristina, quien hizo el correspondiente resumen a Marta para integrarla en la conversación que estaban teniendo.

Marta quedó anonadada ante aquella historia de superación personal, la cual la animó y la reconfortó en cierta manera. También la ayudó a empatizar con Francisco, por fin alejado del mundo de las drogas. Un testimonio de vida que, sin duda alguna, valía la pena seguir conociendo. Tal era su interés que, sin saber nada, emitió la misma pregunta que con anterioridad había realizado su amiga. ¡Quería saber más!

—¿Y qué sucedió con la chica?

—Mientras estuve rehabilitándome nos carteamos con frecuencia —retomó Francisco el hilo de su histo-

ria —. A mí, la verdad, la chica me encantaba, e incluso llegué a pensar que era la mujer de mi vida, que con ella podría formar una familia, tener hijos y sentar cabeza. De hecho, era una motivación más para salir del pozo en el que me encontraba. A pesar de la distancia, podía sentir su amor a través de las preciosas cartas que me escribía. — Francisco tomó un churro, lo mojó de chocolate y lo saboreó con agrado; seguidamente, prosiguió —: Finalmente, al cabo de un año y medio, unos meses más tarde de lo previsto, salí rehabilitado de Medjugorje para, por fin, hacer realidad aquel sueño de amor.

— ¡Qué romántico, por favor! — exclamó Marta embelesada.

— Regresé a España y me puse a trabajar de peón albañil, el oficio que aprendí en el Cenáculo, con el fin de reunir el dinero suficiente para comprarme los pasajes de avión.

— ¡Qué bueno que hayas aprendido un oficio! — intervino Cristina, satisfecha de que su exalumno hubiese entrado en el mundo laboral —. Entonces, conseguiste el dinero y te fuiste para allá.

— No exactamente — repuso frunciendo el ceño —. Trabajé duro para cumplir mi sueño e ir a visitar a la persona que creía podía ser mi compañera de vida; sin embargo, durante ese tiempo de espera sucedió algo que me dejó un tanto decepcionado y que cambió nuestro porvenir.

— ¿Qué pasó? — inquirió Marta preocupada.

— Observé que Laura publicaba fotografías muy provocativas en su Facebook, lo cual me dejó un tanto

## Índice

Prólogo	5
Capítulo 1	9
Capítulo 2	35
Capítulo 3	59
Capítulo 4	81
Capítulo 5	105
Capítulo 6	129
Capítulo 7	153
Capítulo 8	177
Capítulo 9	201
Capítulo 10	221
Capítulo 11	277
Capítulo 13	261